

## Semblanza del poeta popular Pedro Díaz Gana

**Pedro Meléndez Páez**

Doctor en Filosofía y Letras

Departamento de Idiomas, Universidad de Atacama

E-mail: pedro.melendez@uda.cl

---

Pedro Díaz Gana nació en Valparaíso en 1830; pero es copiapino por adopción. Falleció joven, a la edad de 37 años. Es uno de los precursores de la poesía popular, o de la literatura festiva, a decir de Pedro Pablo Figueroa. Es la poesía autóctona, sin la infiltración de las "pasiones artificiales" y sin la "servil imitación" de la literatura europea, causa del olvido y de la postergación de los poetas y escritores populares quienes, a través del idioma del pueblo, traducen, fehacientemente, las costumbres y tradiciones de los tiempos en los que les toca vivir. Díaz Gana era un hombre educado, culto, y con sólidos conocimientos literarios, los que, unidos a su natural talento, lo colocan en una posición de privilegio con respecto a los jóvenes de su época.

Su inclinación por la vida nómada y aventurera lo llevó, junto a su hermano José Díaz Gana, el descubridor del mineral de plata *Caracoles*, a explorar los vastos cerros nortinos. Era un bohemio por opción y no por circunstancia. Le gustaba la muchedumbre, el contacto con el pueblo. Se sentía pueblo. Era pueblo. También le gustaba la soledad, la inmensa soledad del desierto sin límite, en el cual concibió sus mejores páginas y alcanzó lo más excelso de su inagotable talento.

Se sabe, por los contemporáneos que lo conocieron y trataron, que era un hombre parco, de palabras limitadas y de voz muy baja a causa de su gran timidez, hecho que se corrobora en la que se considera su gran obra, *Memorias de Sebastián Cangalla*, y que contiene claros rasgos autobiográficos: "porque nací con una timidez tal, y que hasta ahora

conservo, que parece que me hubiera criado entre tazas de porcelana. Por esta razón todos me embromaban en la aldea, y vivía tan acoquinado, que no tenía más amigo que uno de los perros de casa" (44). Todo esto tiene su razón en un hecho probable: un cruento desengaño de amor que consumía su mente y su alma. Este silencioso dolor tendría su expresión en un "drama sentimental" que Díaz Gana escribió en 1856, titulado *Irene*. La vastedad del desierto, la soledad y la bohemia le habrían permitido, en parte, sanar su pena profunda y resarcir su espíritu. Sus meditaciones y su inspiración las volcó en la literatura.

En un retrato escrito por Domingo A. Sanderson, redactor del diario *El Huasquino* en 1856, amigo y compañero de prensa de Díaz Gana, nos enteramos que el poeta popular era de regular estatura, delgado, de "rostro trigueño y muy poco favorecido por la naturaleza". Era un hombre de pocas palabras y su tono de voz era muy bajo; modesto, silencioso. El cultivo de la poesía le ayudó a ser más sociable; el contacto con el público a través de los periódicos tuvo la facultad de suavizar su espíritu.

Aparte del seudónimo *Sebastián Cangalla*, también solía firmar sus poesías y artículos festivos en el periódico *El Copiapino* con el de *Pepe Chiflón*. Además, colaboró con poesías y artículos festivos en el diario *El Constituyente* y en *El Progreso* de Santiago, en donde publicó el poema popular titulado "El dieciocho en Santiago". En 1859, Díaz Gana fundó el periódico *El Tren*, en donde volcó, en forma abundante y constante, su labor literaria.

Su vida está marcada por altos y bajos, o mejor aún, por más bajos que altos. Su peregrinaje, de la mano de las circunstancias, lo llevó a ser minero, cómico, rico industrial, fraile franciscano, hombre de salón, cateador y apir, según enumera Pedro Pablo Figueroa. Si bien su obra más importante es *Memorias de Sebastián Cangalla*, ésta parece estar incompleta pues incluye solamente las peripecias que pasó en el "campo", prometiéndole al lector que después "te contaré lo que me pasó en el convento, por qué colgué los hábitos" y, más importante para nosotros, "cómo vine a recalar a las sierras de Copiapó". Desafortunadamente, no hemos encontrado evidencias literarias de estas experiencias.

Pedro Díaz Gana dejó muy buenos recuerdos en Chañarcillo y en Garín. De hecho, fue a un viejo minero de Chañarcillo que Pedro Pablo Figueroa escuchó recitar el poema popular "Un sueño" (1883), escrito en décimas a lo humano que el poeta compuso después de "haber deambulado y cavado en diversos sectores de la Quebrada de Paipote, en busca del derrotero de Los Candeleros", del que a continuación ofrecemos un extracto:

.....  
Dormía yo solitario  
en un solitario cerro,  
junto a un picado de plata,  
picado antiguo, en broceo:  
pero como la esperanza  
al más rendido da esfuerzos,  
me dormí con la esperanza  
de hacer un descubrimiento;  
.....  
Y encontré los *Candeleros*.  
¡Oh, gran mamada! ¡Oh, hallazgo!  
¡Oh, breva pura y sin cuero!  
.....  
Sólo a un *rico* le vendí  
diez barras en cien mil pesos,

se entiende por cada barra,  
y al *contantibus* por cierto.

.....

Las *Dulcineas* tenía  
de toda edad a granero,  
y todo era un puro baile  
comilonas y paseos.

.....

Temiendo que fuera un sueño.  
¿Soy el mismo *Sebastián*,  
me decía, estoy despierto?  
Y me hallaba siempre el mismo,  
con mis lanas y mis pelos.

.....

Di un brinco, tomé el puñal  
y eché el poncho al brazo  
izquierdo;

creyendo que los demonios  
me arrastraban al infierno.

Y era una maldita zorra,  
que estando royendo un cuero,  
mi capacho de herramientas,  
lo hizo rodar por el cerro.

*Entonce exclamé* con rabia:  
Maldito seas Morfeo!

Para qué me haces tan rico  
si he de despertar sin medio?

...

Pero como en Chile "sólo se conoce a los que causan mucho ruido", escribía Pedro Pablo Figueroa en 1900, circunstancia que no ha cambiado mucho desde esa época, la poesía de Díaz Gana no es muy conocida en nuestra región.